

# A propósito de reelecciones presidenciales en Nicaragua

Poco después del telegrama que dejo transcrito, recibimos este otro del General en Jefe:

“El enemigo ha sido rechazado de todas partes. Solo queda haciendo una débil resistencia por el flanco derecho. Salgo en estos momentos a picarle la retaguardia, con lo cual quedará asegurado nuestro triunfo.”

En esas circunstancias salió el Presidente Zavala para La Cuesta. ¡Cuán distintas iban éstas a ser su regreso unas pocas horas más tarde! Los soldados bisoños se parecen en muchas circunstancias a ciertos animales de presa que al caer sobre sus víctimas los hace salir huyendo un ruido cualquiera.

Pero no adelantemos la narración. Los dos vapores que habían armado en guerra los revolucionarios aparecieron por la Punta de Chiltepe y se fueron aproximando a Managua, causando en la población una alarma indescriptible. Las calles se llenaron de no combatientes, que huían hacia el campo recordando los estragos que causaron unas pocas bombas lanzadas por esos vapores uno o dos días antes. Los vapores, sin embargo, pasaron frente a la ciudad sin disparar uno solo de sus cañones, y se dirigieron a La Ensenada, desde donde empezaron a bombardear La Cuesta.

Visto ello por el Gral. Vijil me dijo:

“Queda usted aquí como Mayor General, cumpliendo las órdenes que vengan del Presidente o del General en Jefe. Yo

voy a bombardear esos vapores.”

Tomó un cañón que estaba donde es hoy el Parque Infantil y salió para La Ensenada, llevando consigo artilleros y los pertrechos necesarios.

Desde este momento la situación iba a cambiar de aspecto completamente: el triunfo a convertirse en derrota.

Uno de los Castillos, no recuerdo si Telémaco, pasó por la Mayoría y me dijo. “Entérese de lo que dice este telegrama.” Era del telegrafista de La Cuesta; decía así:

“¿Qué hago? Aquí todos huyen.”

Comentaba esa noticia con el Dr. Cárdenas, no queriendo darle crédito cuando llegó el siguiente telegrama del General en Jefe:

“El enemigo había sido rechazado en todas partes. Solo queda haciendo una débil resistencia por su derecha. Salí a picarle la retaguardia y lo puse en fuga; pero al volver al frente he tenido la sorpresa de ver que nuestros soldados huyen por unas bombas que han lanzado los vapores. Mándeme la tropa existente en la plaza para que apoye mi retirada

Inmediatamente me dirigí al Cuartel Principal y pregunté al Gral. Cuaresma:

- De cuántos hombres se componen las fuerzas de su mando?»

-De 400 -me contestó él-

- Salga inmediatamente con esa fuerza para La Cuesta a ponerse a las órdenes del Gral. en Jefe.»



Joaquín Zavala S.

Inmediatamente se cumplirá su orden -contestó el Gral. Cuaresma.

Y las compañías fueron saliendo unas tras otras y alineándose en la plaza (el Parque hoy) en correcta formación.

En esos mismos momentos desmontaba el señor Presidente frente a la Mayoría General en medio de su Estado Mayor y de un grupo de amigos que lo aclamaban incesantemente con los gritos de “¡Viva el Presidente Zavala!”

Yo creyendo que el desastre había ocurrido cuando él venía de camino, me le acerqué y presentándole el telegrama del Gral. Avilés, le dije: “Mire, señor Presidente, las últimas noticias de La Cuesta.”

El señor Presidente tomó el telegrama en sus manos, y luego me lo devolvió diciéndome:

“Sí; esto es un sálvese quien

pueda.”

Luego, viendo las tropas que se estaban alistando en la plaza, me dijo a gritos en tono de reproche:

¿Que hacen allí esas tropas? ¿Que no ve usted que los vapores están enfrente y que de un momento a otro pueden acabar con ellos a cañonazos?”

- Señor Presidente-le contesté -esas tropas salen en este momento a ponerse a las órdenes del Gral. Avilés.”

- Pero que hacen allí esas tropas—y continuó:

“General Cuaresma, ponga esas tropas entre el Palacio y La Parroquia y espere nuevas órdenes.”

Allí fueron llevados 400 hombres; y habiendo quedado sin jefes ni oficiales, sucedió lo que indudablemente debía suceder: después de estar formados cierto tiempo, se aburríe-

## A PROPOSITO DE REELECCIONES...

*Página 2*

ron, y cada cual fue tomando el camino que más le plugo.

No bien acababan de ocurrir estas cosas, cuando por la calle que hoy va del Palacio a la casa del Correo, apareció don Gustavo con la cara ennegrecida por el humo de la pólvora, diciendo a grito partido:

“Vengo derrotado!

Cuando se dirigía frente a la Mayoría General se dirigió de manera agresiva contra el Dr. Cárdenas, increpándolo con toda la fuerza de sus pulmones:

“Vengo de donde silban las balas, derrotado, sí, pero peleando. No como tú, cobarde que a la hora del peligro vas a esconderte entre los fustanes de la mujer. Mándame ahora a la cárcel, infame.”

Según se me dijo entonces, la cólera de Guzmán contra el Dr. Cárdenas provenía de que aquella mañana el doctor lo había reprendido fuertemente por ciertos manejos que él averiguó y que le había dicho: “Si yo tuviese poder, mandaría a Usted a la cárcel.”

¡Qué día aquél, amigo Bárcenas! Las tropas que habían estado en La Cuesta penetraron desbandados en la ciudad y se esparcieron por todos los barrios. Cada soldado iba disparando su rifle sin tregua ni descanso. Managua presentaba el aspecto de una ciudad que se estaba tomando por asalto.

Ya no quiero recordar más de aquellos sucesos. Quisiera que para siempre se borrarán de mi memoria. Fui de los que más activamente trabajaron en favor de la revolución que estalló en Granada el 28 de abril; y ahora veo con tristeza que aquella chispa produjo un in-

cendio que todavía no se ha apagado. ¡Cuántos horrores y cuántas desgracias no hemos tenido que lamentar después!

Deseo muy de veras haber complacido a Ud. y que con el mayor gusto me extienda mi boleta de solvencia,

Soy su affmo. y S.S.

PABLO HURTADO.

*CONTINUARA...*